

XLIII.

Satán solo luchar intenta en vano;
Las fuerzas le abandonan; destruido
Su imperio, se le suelta de la mano
El cetro; y dando un hórrido mugido,
Blasfemias contra Dios diciendo insano,
Baja al orco, y tras él bajan con ruido
Las cadenas vivientes que le agarran,
Y en el fondo del tártaro le amarran.

XLIV.

El hijo de Lastenes percibía
Conciertos en los aires, acordando
Mil cítaras doradas su armonía
Con voces melodiosas; levantando
Sus ojos á mirar, ve discurría
Un escuadron de Santos, derribando
Por Roma los altares, y que en nube
Al cielo el polvo de las ruinas sube.

XLV.

Otro nuevo prodigio: á sus espaldas
Ve en la tierra una escala que ascendía
Hasta el cielo, compuesta de esmeraldas,
Jaspe, safir, jacinto; descendía
Un arcángel por ella, dos guirnaldas
En las manos. El Mártir no sabía
Quién fuese el compañero que le daba
El cielo, y en su busca este marchaba:

XLVI.

Cuando entre el verde trigo de la aurora
La luz matutinal calandria espera,
Apenas el primer rayo colora
Las nubes, deja el nido placentera
Y principia la orquesta que enamora:
Así aguardaba Ester la luz primera
Para ir á entonar el dulce canto
Que en el cielo enamora á Israel santo.

XLVII.

Un rayo deslizado entre la rama
Del laurel de Virgilio, su ojo hiriendo,
Al punto, con el fuego que la inflama,
Salta en pié, y el sacro hábito vistiendo,
Se llega silencioso hácia la cama
Donde el anciano padre está durmiendo.
Húmedas ve del llanto sus mejillas,
Delante de él se pone de rodillas.

XLVIII.

Su dulce respirar escucha; siente
Cual será su dolor en despertando.
La piedad la vencia. De repente
Su amor y la fé santa recordando,
Se levanta, y se va furtivamente
Como novia Espartana que evitando
Los ojos de la madre, va lijera
Al sitio donde esposo fiel la espera.

LXIX.

El santo Doroteo y sus criados
Entre la turba ya en el circo estaban.
Los fieles asistian disfrazados
Al combate del Mártir, y aguardaban
Para hurtar los cadáveres sagrados:
Así ves arrojarse, cuando acaban
De levantar la mies en un barbecho,
Las palomas que están cerca en acecho.

L.

La vírgen, sin estorbo, abre la puerta,
Y se lanza en un pueblo no sabido.
Vaga primeramente por desierta
Calle, pues Roma entera habia ido
Al circo; de llevar su paso incierta,
Se detiene, y apresta atento oído
Como escucha que en otra noche atiende
Si un ruido al enemigo le sorprende.

LI.

Un lejano murmullo la parece
Oír; corre lijera de aquel lado,
Y segun se aproxima, el ruido crece.
Viejo, niño, muger, siervo, soldado,
En confuso tropel luego se ofrece
A su vista, á igual sitio arrebatado;
Literas ve pasar, correr lijeros
Coches, carrozas, damas, caballeros.

LII.

Mil acentos, mil voces allí oyeras
En confuso rumor, como el estruendo
Con que el piélago bate las riberas.
Entre estos gritos la doncella oyendo
Repetir; "los cristianos á las fieras!"
"Aquí estoy yo!" responde aun no pudiendo
Ser oída su voz, y á la colina
Se avanza que al fatal circo domina.

LIII.

Descendiendo el collado la doncella
Al salir de la aurora, parecia
Como esta refulgente y viva estrella
Que un instante la noche presta al día:
La Grecia prosternada ver en ella
De Zéfiro la amante (3) creeria;
En su modestia, mas que en su vestido,
Roma al punto una fiel ha conocido.

LIV.

"Prendedla, grita el pueblo, es fiel huida!"
"Sí, responde la vírgen, soy cristiana,
"Mas no huyo....mirad, estoy perdida.
"Las calles pude errar, yo que en lejana
"Ribera de la Grecia soy nacida,
"Y nueva en la ciudad...Nacion Romana!
"Hijos fuertes de Rómulo! enseñadme
"Donde teneis el circo, á él guiadme:

LV.

Tal sencillez de idioma que pudiera
 Los tigres amansar, del pueblo infando
 Solo burlas y escarnios le atrajera.
 La jóven tropezára con un bando
 De hombres y mugeres, chusma fiera,
 Bajo el peso del vino vacilando:
 Con gritos y frenética algazara
 La llevan do la vírgen les rogára.

LVI.

El gladiador del circo no tiendo
 Orden de que otro Mártir á él admita,
 La prohíbe el entrar. ¡Caso estupendo!
 La jóven pide, ruega, solicita;
 Un cancel llega á abrirse, y descubriendo
 A su esposo, por él se precipita,
 Como del arco disparada flecha,
 Y á los brazos de Eudoro va derecha.

LVII.

La turba que el inmenso circo llena,
 Se ve al punto de pié en la gradería;
 Se mueve, tumultúa, clama, truena;
 Pregúntanse en confusa gritería
 ¿Por qué aquella muger entró en la arena?
 ¿Por qué en brazos del Mártir se veía?
 Los unos: “es su esposa, el traje tiene
 “Del martirio, á sufrirlo con él viene.”

LVIII.

Los otros: “es la esclava del tirano;
 “Nuestros Dioses en público ofendiera
 “Queriendo libertarla de su mano.”
 “¡Qué jóven, y qué hermosa!” prorrumpiera
 Una tímida voz. El pueblo insano:
 “Mayor razon para que al punto muera:
 “No la dejemos tiempo de que aumente
 “Con prole impjía la proterva gente.”

LIX

La sorpresa mezclada á horrible espanto,
 El éxtasis y súbita alegría,
 Embargaban la voz del Mártir santo.
 Ya aprieta al seno la que ver ansía;
 Ya quiere separar la que ama tanto,
 Porque el tiempo que vuela, traer podia
 De aquella vida el fin por la cual diera
 Miles veces la suya si pudiera.

LX.

Entre llantos al fin: “¿á qué has venido,
 “O Cimódoce, aquí? ¡Debia verte
 “En trance tan fatal! ¿Quién te ha traído
 “Sobre este campo de venganza y muerte?”
 La doncella: “en tus libros he leído
 “Que la esposa seguir debe la suerte
 “Del varon, padre y madre abandonado;
 “El mio, por seguirte aquí he dejado.”

XLI.

De Eudoro nota el rostro macilento
Y herida mal vendada; un grito dando
Se arroja con transporte y ardimiento.
Las llagas de su pecho y piés besando.
¿Quién podrá explicar bien el sentimiento
De dulzura que goza el Mártir, cuando
A través de las llagas del martirio
Siente el suave besar de fresco lirio?

LXII.

El cielo inspira á Eudoro de repente;
Rayos despide su cabeza, el brillo
De la gloria de Dios cubre su frente.
Quitándose del índice un anillo,
Y en su sangre empapándolo reciente:
“O muger! dice, ante el poder me humillo
“De la gracia: no más ni amor se opone
“A lo que el cielo en su bondad dispone.

LXIII.

“Tu destino en la tierra es acabado;
“Ni el padre ha menester de tu consuelo,
“Que el Eterno le toma á su cuidado,
“Y para siempre á unirnos va en el cielo.
“Ya te habia, ó Cimódoce, anunciado
“Tan dulce union; mas antes que del suelo
“Lleguemos á partir, séamos esposos:
“Este el templo, el altar, lecho gloriosos.

LXIV.

“La pompa que nos cerca, en torno mira,
“De aromas odorífero destello;
“Los ojos de la fé alza y admira
“Pompa bien superior, fasto mas bello.
“De fuego santo ardiendo en sacra pira,
“Pongamos á este amor perfecto sello,
“Que la muerte no rompa, mas suspenda:
“De esposa en este anillo ten la prenda.”

LXV.

En la arena se postra el par amante;
El Mártir á Cimódoce entregára
El anillo, y la dice: “fé constante
“Te juro para siempre, esposa cara,
“Como Raquel hermosa, semejante
“A Rebeca en prudente, en fiel á Sara,
“Si no en longeva vida: abunde y crezca
“La virtud que en el cielo alto florezca.”

LXVI.

Los cielos se entreabren; canta el coro
Angélico los himnos de la esposa,
Con suave plectro hiriendo el arpa de oro.
La madre de los mártires gloriosa
Con su hija nueva á Dios ofrece á Eudoro:
Todo el cielo en placer santo rebosa;
Jesucristo bendice el himen fausto,
Amor les da el Espíritu inexhausto.

LXVII.

Entre tanto la turba que miraba
Al par amante de rodillas puesto,
Suplicarles la vida imaginaba.
Hacia ellos el pulgar levanta presto,
Signo con que los ruegos desechaba
Del gladiador: tal era el solo resto
De poder, que dejó la tiranía
Al pueblo rey que en servitud yacia.

LXVIII.

El gladiador del pórtico llegára
A preguntar del público el agrado.
“Pueblo libre y potente! le arengára:
“Esta fiel que en la arena ha penetrado,
“Anoche de la cárcel se escapára;
“Mas al circo la trae su mal hado:
“¿Quedar debe?” La turba con voz fiera:
“Los Dioses lo han querido, quede y muera.”

LXIX.

No son estos los hijos de aquel Bruto
Que á Pompeyo maldicen porque hacia
Luchar manso elefa ite. ¡Triste fruto
De la bajeza de alma y tiranía!
Este es el pueblo esclavo, disoluto,
Cegado por feroz idolatria,
Que renuncia, dejando el sér humano,
La libertad y nombre del Romano.

LXX.

Repentino fragor de armas resuena;
Todos vuelven la vista; cae el puente
Que el palacio imperial junta á la escena.
Un paso basta á Augusto solamente
Para llegar del lecho de la pena
Al morticinio; el mal sufre vehemente
Que le roe los huesos cual carcoma,
Por mostrarse esta vez postrera á Roma.

LXXI.

El imperio y la vida considera
Huírsele á la vez; un enviado
De las Galias la nueva le trajera
Que Constancio espirára, y proclamado
Por la tropa en su puesto su hijo fuera.
Constantino se habia declarado
Cristiano, y sus legiones reuniendo
Viene á Roma su marcha dirigiendo.

LXXII.

Tal nueva, á que el temor aumento daba,
El alma de Galerio perturbando,
De su mortal dolencia el punto agrava.
Mas su pena en su pecho concentrando,
Bien por burlarse así, bien que intentaba
Engañar á los hombres, vacilando,
Va á sentarse este espectro en su hora extrema
A su balcon, cual Muerte con diadema.

LXXIII.

No bien pareció Augusto en la asamblea,
Al instante el concurso numeroso
Se levanta, saluda y victorea
Al César moribundo. Respetuoso
Eudoro se inclinó. Cimodocea
Va á suplicar la vida de su esposo;
Y á fin de hacer su ánimo propicio,
A sí misma se ofrece en sacrificio.

LXXIV.

Al César vacilante entre la duda
De ser cruel ó perdonar clemente,
La multitud feroz viene en ayuda.
La vista de la víctima inocente
Acrecienta su sed; con voz sañuda:
“Que se suelten las bestias!” grita ardiente;
Eudoro por su esposa hablar queria,
“Las bestias! á las bestias! repeta.”

LXXV.

Los gritos continuaban sanguinarios,
Cuando el toque primero el clarin suena:
Al punto correr vieras emisarios,
Y salir gladiadores de la escena;
El fiero capataz de los Retiarios (4)
Cruza con marcha rápida la arena
Para ir á abrir al tigre mas sangriento,
A cuya rabia el hambre daba aumento.

LXXVI.

Entonces se levanta una porfia
(Por siempre memorable!) entre el par santo,
Sobre quien el postrero moriria
Por no causar al otro dolor tanto.
“Herido estás, Cimodoce decia,
“Las fuerzas desmayadas del quebranto;
“Yo conservo el vigor y fuerza entera,
“Justo es que combata la postrera.”

LXXVII.

“Yo soy cristiano antiguo, Eudoro alega,
“Avezado al dolor y á la congoja;
“Permite que el postrero en la refriega
“Tus últimos suspiros yo recoja.”
El Confesor, hablando así, desplega
Su manto y á Cimodoce lo arroja,
Por cubrirla mejor en el desastre
Al que en la arena el animal la arrastre.

LXXVIII.

Temia el Mártir santo en tal momento
No llegase á manchar muerte tan pura
La menos casta idea ó pensamiento
Del concurso. Quizás de la natura
Este el postrer instinto, el movimiento
De los zelos, que nace, crece y dura
Con el amor, á veces tiraniza,
Y hasta en las almas justas se desliza.

LXXIX.

Otra vez el clarin suena espantoso:
Crujen los goznes de la férrea caja
Que encierra el tigre; el gladiador medroso
Por el circo á ponerse en salvo ataja.
La vírgen se coloca tras su esposo;
El Santo que en aliento la aventaja,
Sus brazos hácia el cielo en cruz alzando,
Por su mismo enemigo se ve orando.

LXXX.

El funesto clarin da el son postrero:
Despréndese del tigre la cadena,
Y con fuerte rugido el monstruo fiero
De un bote se lanzó sobre la arena.
Terror involuntario al pueblo entero
Obliga á estremecer. De espanto llena
La vírgen: "ay! salvadme!" á Eudoro grita,
Y en sus brazos veloz se precipita.

LXXXI.

El esposo, tornándose la agarra
En sus brazos y aprieta con su pecho.
Llega el fiero animal, hinca la garra
En el hjar del Mártir, y derecho
Los hombros con los dientes le desgarrá.
Cimodocea alzando en tal estrecho
Sus ojos asustados, ve la boca
Del tigre que en la frente á Eudoro toca.

LXXXII.

Antes que en ella el animal se cebe,
El calor la abandona de la vida;
Sus párpados se cierran; queda leve
De los brazos del Mártir suspendida,
Como se ve colgar copo de nieve
Sobre un pino del Ménalo ó del Ida.
Las vírgenes Inés y Eulalia Ibera
Bajan á recibir su compañera.

LXXXIII.

Rasgado el cuello ebúrneo el tigre habia:
El ángel del martirio silencioso
La toca con su hoz, y al cielo envía,
Sin pena; sin esfuerzo doloroso,
El soplo celestial que parecia
Andar prendido en cuerpo tan gracioso:
Como la flor cayó que entre heno siega
La guadaña del rústico en la vega.

LXXXIV.

Un instante despues la sigue Eudoro
A la eterna mansion; lo hubieses creído
Sacrificio de paz, paloma y toro,
Por la familia Aarónica ofrecido.
De música celeste se oye el coro;
Mas luego de las nubes suspendido
El lábaro se ve que á Roma guia
Quien viene á castigar la tiranía.

LXXXV.

El trueno retumbó en el Vaticano:
Cual súbito volcan que violento
Sacude el monte y estremece el llano.
Retiembla del teatro el fundamento;
Por tierra va la estatua y signo vano
Haciéndose mil trozos; este acento
Del Capitolio se oye en la alta loma:
“Los Dioses dejan para siempre á Roma.”

LXXXVI.

Desierta el pueblo atónita la escena:
Galerio á su palacio retirado,
Ciego de ira, con sed de sangre, ordena
Que todo fiel á muerte sea dado.
Constantino aparece entre la almena
De la ciudad. Galerio acongojado,
Cede en fin al horror del mal interno;
Y espira blasfemando del Eterno.

LXXXVII.

En balde otro tirano se levanta:
Dios truena; la Cruz brilla; Constantino
Bate, hiere, soterra, asusta, espanta;
Majencio se echa al álveo Tiverino;
Tremola el vencedor la enseña santa
En la ciudad eterna, y de continuo
La raza del verdugo, al fiel adversa,
Se confunde, se esconde, se dispersa:

LXXXVIII.

Demódoco, al dolor duro cediendo,
Sus postreros suspiros exhalára
En los brazos del Príncipe, pidiendo
El bautismo que lo una á su hija cara.
Constantino á los sitios va corriendo
Donde el resto mortal se amontonára
De las víctimas santas; los esposos
Halla que resplandecen luminoso:

LXXXIX.

Por prodigio del cielo las heridas
Habíanse cerrado, y en su frente
De la paz y la dicha reunidas
Brillaba la expresion con luz fulgente.
Juntas yacen las víctimas que unidas
Fueran con santo fin, dó antiguamente
El hijo de Lastenes corrió el risco
De ser lanzado del cristiano aprisco.

CX.

Las legiones que Eudoro condujera
Otro tiempo al combaté, el mausoléo
Cercan del general. La águila fiera
De Rómulo se humilla por trofeo
A la cruz que tremola én la bandera.
Constantino, ya Augusto, con deseo
Hace aclamar sobre el sepulcro mismo
El culto del imperio el Cristianismo.